

Eduardo Dayan

## El casamiento de la princesa Genoveva

La princesa Genoveva estaba triste. ¡Como para no estarlo! Ella quería al príncipe Fabricio, pero sus padres habían decidido casarla con el príncipe Robustiano. ¡Y justo en ese momento lo tenía al lado, en el Registro Civil, con dos testigos, todos esperando al juez que iba a celebrar la boda! Genoveva pensó que ya todo estaba perdido. «¡Como quisiera que esto no me estuviera pasando!», murmuró. Sabía que iba a convertirse, a los quince años, en la esposa de ese hombre que ni siquiera sabía pronunciar Genoveva sin que se le hiciera un nudo en la lengua, que cuando se sentaba ocupaba las tres cuartas partes del sillón grande del living del palacio... ¡y que había pretendido conquistarla ofreciéndole compartir un chocolate que masticaba mientras un chorrito de saliva se le escapaba de la boca!

—¡Esto es una pesadilla! —murmuraba medio harta—. ¡No me necesita a mí, necesita al Ejército de Salvación!

—Estoy contento —murmuraba Robustiano mientras la miraba, se le hacía agua la boca y aprovechaba la baba para pegar, en el álbum que había llevado a la ceremonia, las estampillas de correo que juntaba.

«¿Y por qué el rey y la reina me condenan?», pensaba Genoveva. «¿Acaso no tengo yo otro príncipe como festejante, que por lo menos sabe abrir la puerta para ir a jugar? Pero no, no lo aceptan porque solamente tiene catorce años.» Recordó la conversación que había mantenido con su padre unos días atrás.

—Papi— le había dicho al rey—, ¿vos no sabés que los hombres son más inmaduros que las mujeres, que mi principito necesita que yo lo proteja?

Su Majestad suspiró.

—Justamente por eso, Geno. Yo quiero que Robustiano te cuide en la vida, y no que vos seas la mamá de un principito más chico que vos.

—¡Pa! ¿No podías haberme conseguido algo mejor, por lo menos? ¡No, un príncipe chanco que parece un cajero automático!

—Lamentablemente, hija mía, las princesas no se casan por amor —le explicó Su Majestad. Por las

dudas el rey no miró a la Reina, que prefirió llevar los ojos al techo.

«Capaz que todo es para bien y así deben ser las cosas», pensaba la princesa. Pero no se resignaba. Temblaba pensando en la noche de bodas. Y en la vida que la esperaba. ¡Y en el hijo gordísimo que tendría si se casaba! Seguro que iba a chupar la sopa con un ruido de aspiradora estropeada. ¡Y la hermana? Porque ella iba a tener una parejita. La nena, iba a ser una chancha. ¡Seguro que llenaría la cuchara y, con la cabeza agachada, haría gárgaras y salpicaría caldo por todas partes! Genoveva no lloraba por su triste destino, porque de chica la habían acostumbrado a que en ese reino se lloraba solamente los martes. «Y ellos me casan un viernes. Lo tienen todo calculado. ¡Ni voy a poder llorar!»

Y sufría sin siquiera lagrimear.

El juez que los iba a casar preparó sus orejas. Siempre decía: «Dios los cría y yo los junto». Era medio ciego, medio sordo y medio bobo. Les sonrió primero a los novios, desde la punta de una oreja a la punta de la otra; después, a las cámaras de televisión: ¡el país entero lo estaba mirando! La sonrisa casi no le cabía en la boca, porque tenía los dientes grandes. Con su mejor voz, preguntó:

—Príncipe... ¿acepta usted por esposa a la princesa Genoveva?

La princesa estaba blanca como si Drácula le hubiese chupado un litro y medio de sangre.

Ni tuvo tiempo de contestar. De entre el amontonamiento del público, clarita, clarita, se oyó la voz de Fabricio:

—Sí, acepto.

Genoveva se apuró a contestar:

—¡Yo también!

Y el juez los declaró marido y mujer.

—¡Pare, yo no dije nada, todavía! —gritó el príncipe Robustiano.

Pero ya era tarde: el principito le había sacado la novia. ¡Y todo por haber querido hacerse el educado, por haber querido terminar de tragar medio alfajor triple antes de contestar! El Rey, muy furioso, metió en la cárcel al recién casado.

Todo el reino era confusión. Los chicos más diablos se divertían como nunca. Se disfrazaban de señores serios e iban casando gente por todos lados. Uno hacía de juez, otro de novio y dos de testigos. Si había más chicos, mejor: ellos hacían de público. Elegían una chica conocida y el que quería casarse con ella, porque le gustaba, se le ponía al lado.

—Santiago, ¿acepta por esposa a Marina? —preguntaba sonriente el falso magistrado.

—Sí, acepto.

—Los declaro marido y mujer.

La chica se iba corriendo a su casa, pero no podía llorar porque los chicos elegían para sus casamientos todos los días menos los martes. Y los padres no sabían qué hacer, si conformarse con felicitar a sus hijas por la boda o procurar dejarlas viudas a la mayor brevedad. Y todos discutían porque nadie sabía si los casamientos eran para toda la vida, si tenían fecha de vencimiento o si eran de mentira.

Y en todos los colectivos, los vendedores ambulantes iban en equipo y casaban a los que no les compraban las chucherías que ellos vendían «directamente de fábrica». Se volvieron tan peligrosos que hubo una pobre señora a la que por la mañana le tocó un esposo, al mediodía la casaron de nuevo y a la noche no sabía qué hacer con el tercer marido del día, al que apenas conocía de viajar en el mismo horario, en el colectivo 71.

Muy pronto las chicas se avivaron. No querían más casamientos artesanales. Cuando un falso juez iba a declarar casado a algún pretendiente, se apuraban a decir: «¡Pri! ¡Ya estoy declarada!». Después la jovencita se iba lo más campante, solterita y sin apuro.

Así se terminó la manía de casar a las chicas. Algunas reconocían que les hubiera gustado una pareja, pero igual no decían nada y se unían al Comité de Mujeres Románticas Que Querían Vivir. Todas estaban de acuerdo en que los chicos dicen una cosa, piensan otra muy diferente y hacen... ¡disparates! Y en que los varones se las iban a pagar. Y en ir a palacio para exigir que les arreglaran la situación. Y en reclamar la libertad del príncipe Fabricio.

Cuando los chicos no sabían ya qué hacer, empezaron con los matrimonios de los animales del zoológico, pero eso no les producía ninguna gra-

cia, así que terminaban por ir a la casa de un compañero de escuela para jugar a separar palabras en sílabas.

El Rey había consultado a todos los abogados del reino. Les hacía una sola pregunta: el casamiento de su hija con el principito Fabricio, de acuerdo con la ley, ¿valía o no? Una mitad decía que sí; la otra mitad decía que no. Mientras el Rey decidía qué hacer, invitó al palacio a todos los nobles de la Corte para festejar no se sabía qué, aunque cualquiera se daba cuenta de que era para que no se desperdiciara todo la comida que habían preparado para la fiesta.

Los invitados se la pasaron comiendo setenta y dos horas corridas. ¡Tres días seguidos! Habían armado una mesa grande con montañas de comida: platos y platos fríos y calientes, huevos rellenos, colitas mechadas, puré, arrollados, salchichas, papas fritas y hamburguesas. Y ensaladas, salsas, pastas a montones, estofado, pizza, fainá, empanadas. Y pilones de panes dulces, islas flotantes, melones, naranjas, frutillas... Y maní con chocolate, avellanas y turrónes, vinos, sidras, gaseosas, champán y agua mineral, con gas y sin gas. Era autoservicio.

El príncipe Robustiano comía como si fuera la última vez. Se daba cuenta de que lo miraban y se hacía el fino, pero igual era el papanatas de siempre. La boca no le alcanzaba para morder pedazos grandes de todo, y por los costados de la boca le corría el jugo de los mordiscos, eructaba, se le salía la dentadura postiza. Se ponía nervioso cuando lo miraban y volcaba las botellas y tiraba restos de pionono o cáscaras de bananas al piso. Dejaba las huellas digitales en las tortas y a cada rato hacía una expedición a las heladeras: estaba muerto de sed. Daban ganas de romperle la boca en cuatro. Cuando se quedó dormido arriba de la mesa, lo llevaron a una cama: las sábanas quedaron todas encastradas. Los sobrevivientes de la comilona, medio borrachos, jugaban a tocar el piano sobre el teclado de las computadoras y hacían dibujitos con mermelada sobre la pantalla.

En los jardines del palacio, sentada en un banco, acariciada por un aire suave, la princesa Genoveva recordaba entre suspiros. Recordaba que una vez un profesor de la escuela les había preguntado a Fabricio y a ella:

—Ustedes andan de novios, ¿no?

Genoveva se puso colorada. Bajó la cabeza y se calló. Le tocaba contestar a él. Si decía que no, lo mataba; si decía que sí, era un atrevido.

—Andamos en conversaciones; de aquí a unos días le contesto —dijo Fabricio, que así salvó su vida.

Al otro día el principito le preguntó:

—¿Te acordás lo que dijo el profe?

—¿Sobre qué?

—Eso... si éramos novios.

—Ah, se me había olvidado.

—Y ahora que ya hablamos del tema, ¿qué decís?

—Yo nada. ¿Y vos?

—Yo quiero.

—Entonces yo también.

Se quedaron sin saber qué decir, pero ya eran novios. Se juraron amor eterno.

Al final, fue él quien se animó.

—¿No tendrías un besito para mí?

Poco a poco, las chicas del Comité convencieron a la gente del pueblo, y entre todos decidieron que

no necesitaban más reyes. El papá de Genoveva tuvo que llamar a elecciones y la mayoría eligió la democracia, que no obligaba a nadie a casarse con una persona que no quería. Y cuando menos se esperaba, se abrieron las puertas del castillo para que gobernase un presidente de la república. El rey se tuvo que guardar la coronita y todos sus títulos como recuerdos.

Al final Genoveva y Fabricio se casaron de veras y tuvieron una fiesta familiar, con luz de velas, música lenta y todo el aparato. Por ahora, viven con los padres de ella, en un departamento grande, en el centro, pero se están por mudar porque el casado casa quiere, dicen a dúo. Además quieren estar más cerca de la fábrica de sillones de la que son dueños y donde los dos trabajan. Son felices y lloran cuando tienen ganas, aunque sea martes. Comen chocolates, pero no abusan, por los granitos. De Robustiano no se tienen noticias. Y a nadie le importa.

*Serena Shultz*

## El hombre que voló

Primer premio del Quinto Concurso Literario de Poesía y Cuento para Cuarto y Quinto Años del Nivel Medio

Siempre tuve el mismo sueño. Nació de mi razón e imaginación, pero fundamentalmente de mi incompreensión.

Ese día desperté con la certeza de que podría lograrlo. Desplegar alguna manera viable para poder flotar en blancas nubes de algodón. Algo tan lógico como que un humano pueda volar. Siempre me había valido de intentos fallidos, tales como, máquinas en las cuales había invertido mucho dinero para luego estrellarse en un solo segundo contra el suelo; o recibir tantos golpes al intentar arrojarme de alguna escalera o también del techo de mi antigua casa; inclusive imitar alocadas técnicas que fueran parte del básico metabolismo de las aves. Ese día fue diferente. Desperté haciéndome una pregunta habitual: ¿Por qué las aves pueden hacerlo y yo no? Alimenté a mis diecinueve canarios y me dispuse a respirar el fresco aire matutino a tra-

vés de mi ventana. Sentado en cuclillas en el marco de la misma dejé volar mi imaginación como nunca, de hecho, iba mucho más lejos de lo habitual. Y fue así como primero estiré mis dos brazos en dirección al cielo, con la cabeza en alto y mis ojos cerrados; me paré y di un solo salto que me permitió realizar mi tan anhelado deseo. Aterricé de una manera muy brusca. Sólo pude mantener mis ojos abiertos unos minutos; fueron suficientes para ver mil plumas volando en el aire que se desprendían una por una de mi lastimada piel.

